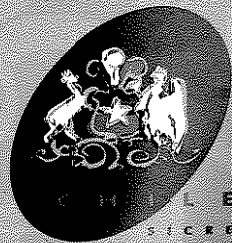
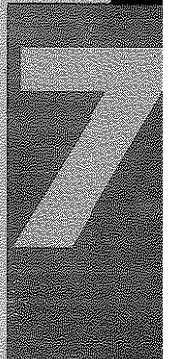


PROCESOS DE COMUNICACION EN UNA SOCIEDAD ABIERTA

DISCURSOS DEL SR. MINISTRO
SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO
DON JOSE JOAQUIN BRUNNER RIED

PROCESOS DE COMUNICACION EN UNA SOCIEDAD ABIERTA



L E
SECRETARIA DE
COMUNICACION
Y CULTURA
S E C C
MINISTERIO SECRETARIA
GENERAL DE GOBIERNO

SANTIAGO, SEPTIEMBRE DE 1995

LA REVOLUCION DE LAS COMUNICACIONES Y "EL CANGREJO MAS PERFECTO"

Intervención en la Inauguración del Año
Académico del Instituto Profesional AIEP.

SANTIAGO, 3 DE MAYO DE 1995



I. LENTITUD Y VELOCIDAD; PALOMAS Y BRUJAS

A lo largo de los siglos, la velocidad del mensajero –la de sus pies o su caballo– determinó la velocidad de las comunicaciones. Por mucho tiempo, asimismo, el alcance de la voz humana fijó la distancia para la transmisión de los mensajes.

Tal situación nunca fue aceptada de buena gana por el género humano. Desde antiguo, la gente aplicó su inventiva a crear nuevos medios de comunicación que le permitieran abarcar mayores distancias y apurar la recepción de los mensajes. Así, nuestros antepasados experimentaron con tambores, señales de humo y palomas mensajeras. Se dice que la familia Rothschild hizo una rápida fortuna en la bolsa de comercio por haber recibido noticia de la derrota de Napoleón en Waterloo antes que nadie en París, merced al uso de palomas mensajeras. Pero todavía a fines del siglo XVIII, un hecho ocurrido en Boston demoraba diez días en ser conocido en Filadelfia.

En verdad, hasta nuestro siglo las comunicaciones se movieron bajo el signo de la lentitud. Sólo en su fantasía los antiguos lograban cambiar ese ritmo e imaginaban –en mitos, leyendas y relatos– que el mensajero-héroe aparecía “montado en un caballo o en un pájaro, o en forma de pájaro, o en una



nave voladora, o en una alfombra voladora, o a hombros de un gigante o un espíritu, o en la carroza del diablo". (Propp, *Morfología del Cuento*). O bien, "en siglos y civilizaciones más cercanos a nosotros, (imaginaron) brujas que volaban de noche en el palo de la escoba o en vehículos más livianos, como espigas o briznas de paja". (Calvino, *Seis Propuestas para el Próximo Milenio*).

En realidad, desde siempre hemos anhelado una comunicación sin límites; hemos querido hablar con los dioses y transmitir nuestras palabras a grandes distancias y en el menor tiempo posible.

Las tres primeras revoluciones

Durante milenios, perdidos en la historia de la especie, el hombre, a diferencia de los demás animales, aprendió a hablar. Comenzó entonces la primera revolución de las comunicaciones.

La cultura oral no dispone de textos; en ella "uno sabe (sólo) lo que puede recordar". Las palabras habladas no son más que sonidos; no tienen foco ni dejan huella. Existen en el acto de empezar a desaparecer. Para retenerlas, una cultura oral usa fórmulas, como los proverbios, emplea la redundancia y se apoya extensamente en la tradición. En esa cultura no hay ni listas ni manuales. No hay tampoco diccionarios o definiciones fijas. Se memoriza al ritmo de las conversaciones, con el cuerpo entero comprometido en el acto de recordar. Se aprende de la palabra y el gesto de los otros; necesariamente en comunidad. No puede uno encerrarse a leer o apartarse de los otros para escuchar; salvo la melodía del propio pensamiento. La comunicación en una cultura tal es siempre más

vital que abstracta; ausente el apoyo de los textos, ella debe ser parte de la experiencia vivida para ser eficaz. Incluso el significado de lo transmitido depende únicamente de interacciones cara a cara. La proximidad es una condición del entendimiento. (Ong, *Realidad y Escritura. Tecnologías de la Palabra*).

Con la escritura, que por primera vez permite acumular el pensamiento y traspasarlo de generación en generación, aparece la segunda revolución de las comunicaciones, portadora según algunos de la más grande invención humana: el alfabeto. Pues, como discurre Galileo en uno de sus escritos, "...por encima de todas las invenciones admirables, ¿cuán soberana no fue la mente de quien imaginó y halló la manera de comunicar sus más recónditos pensamientos a cualquiera persona, aunque separada por larguísimo intervalos de lugar y de tiempo?. ¿De hablar con los que están en las Indias, ... con los que todavía no han nacido ni nacerán hasta dentro de mil, de diez mil años?. ¿Y de qué forma (lo hizo)?. Disponiendo de diversas maneras veinte caracteres insignificantes sobre un papel". (Galileo, *Dialogo dei Massimi Sistemi*).

Por contraste con el habla oral, la escritura es íntegramente artificial. En tal sentido puede decirse que el alfabeto es una tecnología de la palabra; un medio de comunicación. Por primera vez los seres humanos pueden relacionarse a través de textos y crear así una distancia que profundiza los alcances de su conciencia. La palabra deja de ser un suceso; pasa a ser tratada como una cosa independiente. Se separa del sonido y se transforma en una imagen. Se vuelve posible argumentar sobre el papel; desarrollar detalladamente un pensamiento; construir registros; hacer listas. Y transmitir todo eso a lo largo del tiempo y lo ancho del espacio. Con la lectura



aparece una nueva forma de privacidad y, con ésta, una posibilidad de individualización de las personas.

De la mano de la imprenta y la difusión masiva de los textos escritos, se inicia con Gutenberg la tercera revolución. Según algunos estudiosos, la impresión "produjo la Reforma protestante y reorientó la práctica religiosa católica; afectó el desarrollo del capitalismo moderno; hizo posible que la Europa occidental explorara el mundo; cambió la vida familiar y la política; difundió el conocimiento como nunca antes; hizo del alfabetismo formal un objetivo universal; volvió posible el surgimiento de las ciencias modernas, y dio nuevas facetas a la vida social e intelectual". (Ong, Realidad y Escritura. Tecnologías de la Palabra).

La impresión posibilitó, además, la educación masiva, el periodismo, los diccionarios y el uso "correcto" del lenguaje, e hizo posible una forma de argumentación donde lo que vale son los enunciados, independientemente de la autoridad de la persona que los pronuncia. Durante esta tercera fase, aparecen asimismo nuevos medios que permiten copiar y distribuir la voz y la imagen a través del fonógrafo, la fotografía, la grabadora y la cámara de cine.

La cuarta revolución

Al decir de uno de los principales historiadores de las comunicaciones, "estamos entrando ahora en la cuarta era, anunciada por una revolución de significación histórica comparable a la de la imprenta y los medios masivos de difusión. Hemos descubierto cómo emplear pulsaciones de energía electromagnética para incorporar y transmitir mensajes que antes se enviaban por medio de la voz, la imagen y el texto". (Ithiel de Sola Pool, Tecnologías sin Fronteras).

El hecho es que los medios electrónicos de comunicación están creciendo a una tasa mucho mayor que los medios impresos. Se ha estimado que en 1980 un ciudadano promedio de una sociedad industrializada estaba expuesto a cuatro veces más palabras/día que en 1960; durante ese tiempo, la información vehiculizada electrónicamente creció a una tasa anual compuesta de más de un 8 por ciento.

Por detrás de esta nueva era de las comunicaciones existen múltiples factores de orden tecnológico, económico, político y cultural. Uno decisivo es el acortamiento del tiempo que media entre la invención, la innovación y la explotación comercial de los inventos. 112 años fueron necesarios para la aplicación productiva y la oferta al público de la fotografía; 56 años para el teléfono; 35 años para la radio; 15 años para el radar; 12 años para la televisión; y sólo 5 años para los transistores.

Otro factor decisivo ha sido la caída de los costos de almacenar, procesar y transmitir información que ha estado ocurriendo a lo largo de este siglo y que se refleja en los precios de los productos electrónicos, desde los relojes digitales hasta los ordenadores personales. Por ejemplo, se estima que entre 1950 y 1990, la parte del costo del procesamiento de datos atribuible al *hardware* (a los aparatos o máquinas) ha disminuido de alrededor de un 90 por ciento a aproximadamente un 10 por ciento del costo total.

II. DISTANCIA, VELOCIDAD Y VOLUMEN

¿Cuáles son los efectos de esta nueva revolución de las comunicaciones?. Permítanme aquí comentar tres, que sirven para ilustrar la magnitud y profundidad de los cambios que estamos viviendo.



Por lo pronto, la distancia está dejando de ser una barrera a la comunicación. Los medios electrónicos han redefinido el significado social de las distancias geográficas, proceso que se ha visto reforzado por la difusión de nuevas tecnologías del transporte. Los jóvenes de hoy, a diferencia de lo que todavía ocurre con mi generación, no vacilan en levantar el teléfono para comunicarse a larga distancia, o para enviar un fax a otro país. En cambio, pocos esperarían ser destinatarios de una carta proveniente del extranjero. Diariamente estamos en condiciones de recibir en nuestro hogar imágenes llegadas desde cualquier punto del mundo. Supimos en Santiago de Chile del inicio de la Guerra del Golfo al mismo tiempo que en la Casa Blanca.

Aquí, una de las claves es la tecnología satelital. Una vez puesto en órbita, cuesta lo mismo comunicarse a través de un satélite desde un país a otro que entre dos hogares separados por un manzana. Todos quienes usan el Internet han tenido seguramente, en algún instante, la extraña sensación de haber ingresado a un nuevo mundo. McLuhan habló de la participación en una "aldea global"; pero quizá la experiencia se parece más a la de un viajero, situado en un aeropuerto virtual, que le permite conectarse al instante con cualquier ciudad remota, intervenir en múltiples conversaciones internacionales o recoger información sobre variados tópicos en cualquiera de las cien principales bibliotecas del mundo.

Segundo, la velocidad de las comunicaciones se está incrementando de una manera hasta ahora desconocida. Para construir un artículo académico, o para tomar una decisión comercial, podemos ahora obtener información instantánea sobre lo que se piensa y escribe, o sobre las transacciones que ocurren en Londres, Nueva York y Tokio. Podemos celebrar

conferencias internacionales sin abandonar nuestros hogares; e intercambiar puntos de vista con colegas alrededor del mundo en cosa de segundos, comentándolos "a vuelta de pantalla".

Todo esto cambia nuestro sentido del tiempo y redefine las pautas tradicionales que organizan la actividad social. Vean ustedes lo que sucede con la política, por ejemplo. Casi cualquier reunión de "alto nivel" que se celebra en Santiago está, al instante, en el aire o en nuestras pantallas, y es analizada en la prensa vespertina o, al día siguiente, en los periódicos de la mañana. Las autoridades tienen que reaccionar al momento mismo de producirse los hechos. No pueden esperar; no cabe postergar una toma de posición. Asimismo, cualquier declaración de una autoridad extranjera hecha en París o en Roma está en Santiago a los pocos minutos, a través de los teletipos de las agencias internacionales. Si es pertinente, se le pedirá a las autoridades chilenas responder en los siguientes cinco minutos. En cambio, hace poco más de un siglo, nada que hubiera ocurrido en un hemisferio podía conocerse en otros en menos de las dos semanas o más que empleaba un barco en cruzar el océano.

Tercero, se incrementa constantemente el volumen de la información transmitida. Por primera vez en la historia empezamos a vivir una era de información abundante. Incluso, dicen algunos, estamos llegando a un punto de saturación de los mensajes que somos capaces de procesar. En Chile, hace un par de décadas, la TV transmitía menos de 5 mil horas anualmente. En la actualidad, sumadas las horas de programación de la TV abierta y por cable, las horas transmitidas han aumentado hasta alrededor de 300 mil horas por año.



Se ha estimado que en 1960 circulaban en los Estados Unidos, por todos los medios disponibles, 0.1 trillones de palabras; o sea, 10 seguido de 10 ceros. 20 años más tarde, el volumen total transmitido había alcanzado a 10 trillones de palabras anuales; esto es, 10 seguido de doce ceros. Apenas logramos representarnos la magnitud del fenómeno que estamos viviendo. Pero sentimos sus efectos a nuestro alrededor.

Una universidad medieval no tenía más de 500 volúmenes en promedio; se supone que un alumno culto leía un 2% de ese total. Hoy día, cualquier biblioteca universitaria avanzada contiene varios millones de volúmenes. Si un alumno quisiera leer un 2%, por ejemplo, de un millón de volúmenes, tendría que leer unos 20 mil libros, 4 mil cada año de su carrera, o sea, unos 20 libros cada día. A esto puede agregarse el hecho de que, mientras en el año 1800 existían 100 revistas científicas en el mundo, actualmente hay alrededor de 100 mil.

No cabe duda, entonces, que estamos en un mundo donde la información, los mensajes, los datos, los conocimientos y las imágenes, están disponibles más allá de la capacidad individual de procesarlos en su conjunto. El enciclopedismo ya no es posible. En cambio, hoy lo principal es seleccionar, desarrollar esquemas de comprensión, manejar métodos de investigación, y saber discriminar y filtrar.

La visión de los apocalípticos

Lo cierto es que las comunicaciones han creado a nuestro alrededor una cultura tan vasta, móvil y cambiante que por necesidad nos vemos llevados a reflexionar críticamente sobre los medios surgidos durante esta cuarta fase, donde la velocidad suprime las distancias y da lugar a una verdadera fuga hacia adelante de los mensajes.

Seguramente, todos ustedes han escuchado las acusaciones que se hacen a dichos medios y a las oportunidades de comunicación que ellos crean, en particular cuando se despliegan comercialmente en el mercado.

Suele decirse, por ejemplo, que los medios—incluidos los de la informática— estarían comenzado a sobrecargar al individuo con un lastre descomunal y paralizante de información; que han impuesto a la vida personal un ritmo antinatural, desplazando lo importante por lo fugaz y lo valioso por lo aparente; que están creando una nueva división entre quienes manejan el conocimiento y viven a alta velocidad y los que carecen de él y están condenados a subsistir en una parte de la sociedad que se mueve “a ritmo de carreta”; que cada día que pasa estamos más involucrados en el espectáculo que ofrecen los *media* que preocupados por los contenidos transmitidos; que la cultura que respiramos ha perdido calidad y está siendo destruida por toneladas de “basura”, réplica del *fast food* a nivel espiritual.

En un orden más general, se sugiere que con los nuevos medios estaríamos perdiendo control sobre nuestras propias existencias; que ahora vivimos volcados hacia fuera, manipulados por las grandes agencias comunicacionales y los medios masivos de difusión y publicidad. Así, hay gente que echa de menos un ritmo más lento para las interacciones humanas, una mayor capacidad de reflexión y un tratamiento más serio de los asuntos humanos, hoy desperdigados y banalizados, se sostiene, en “revistas del corazón” y convertidos en *show bussines* por la TV.

Desde el ángulo de los críticos, en fin, se denuncia que hemos entrado a una fase de la modernidad donde ya no exis-



ten anclas existenciales, pasiones profundas, utopías elevadas, compromisos morales, proyectos compartidos y un sentido auténtico de la vida y la muerte. Que estamos atravesando un desierto donde lo que brilla son los espejismos, pero donde están ausentes la realidad y la verdad de lo humano.

III. UN TEMOR SECULAR; UNA ANTIGUA EQUIVOCACION

Comparto algunas de estas críticas. Efectivamente, la modernidad es una experiencia ambigua, donde existen lado a lado lo creativo y la destrucción; la aventura y la desilusión; las oportunidades y los caminos bloqueados; la sensación del poder humano junto a la de su radical vanidad.

Es cierto, asimismo, que al masificarse y comercializarse la cultura pierde parte de su aura; deja de ser un ámbito distinguido y estamental y se acomoda, por necesidad, al término medio social, volviéndose plebeya. El famoso *rating* nos recuerda, cada día, que vivimos a merced de las mayorías.

Con lo que no estoy de acuerdo, sin embargo, es con identificar la actual revolución de las comunicaciones como la causa —única o siquiera principal— de los males y las ambigüedades de nuestra época.

Curiosamente, a lo largo de la historia ha habido siempre quienes atribuyen a los nuevos medios la responsabilidad de lo que no funciona —o funciona mal— en su sociedad. Por lo general, se trata de gente que experimenta los cambios en la comunicación como una amenaza directa para la estabilidad del mundo que conocen y cuya imagen atesoran. Sucedió así al momento de emerger la escritura, luego con la llegada de la imprenta y después con la sucesiva aparición de la radio, el cine y la televisión.

En cada una de esas oportunidades se culpó a los nuevos medios de introducir algún mal en la sociedad y se los acusó de aplanar el espíritu humano y de achatar la cultura. Baste recordar el enunciado de dos conocidos intelectuales de la Escuela de Frankfurt quienes, en su momento, anunciaron que la radio estaba destinada a ser un instrumento del fascismo.

Por el contrario, pienso que con cada nueva revolución de las comunicaciones, la gente ganó una posibilidad, se hizo menos esclava de la ignorancia y amplió su esfera potencial de acción. La cultura se expandió, en vez de achicarse, y los poderes establecidos debieron someterse a un mayor control y escrutinio por parte de la opinión pública.

Lo que pasa, en realidad, es que todo cambio en la esfera comunicacional sucede coetáneamente, y en parte provoca, otros cambios en la sociedad, cuyos efectos suelen atribuirse exclusivamente a las comunicaciones. Así, por ejemplo, la modernidad es hija, antes que de cualquier factor comunicacional, del desarrollo del capitalismo, la industrialización y el urbanismo; de la expansión de los mercados y la conformación de los Estados modernos; de las guerras nacionales y las ideologías internacionales. Es producto, también, de los inventos en diversas áreas de la transmisión y difusión de mensajes, que acompañaron a esos otros fenómenos de base. Pero no puede atribuirse a éstos el malestar en la cultura de nuestro tiempo; ni suponerse que ellos originaron la modernidad.



Medios y fines

De hecho, los efectos más llamativos de la actual revolución de las comunicaciones —el acortamiento de las distancias, el incremento de la velocidad, y la diversificación y el aumento del volumen de las comunicaciones— no constituyen, por sí mismos, aspectos negativos para la existencia humana. Por el contrario, pueden convertirse en nuevos cauces para la creatividad individual y social y servir para su difusión más allá de todo lo conocido hasta el presente. Pueden ayudar a establecer relaciones sociales más simétricas y dar origen a formas de trabajo menos rutinarias y pesadas. Pueden desarrollar una cultura más variada y dar paso a un uso más diversificado y rico del tiempo libre. Pueden traspasar los muros ideológicos que llevaron a guerras interminables y, en su lugar, crear una mayor conciencia de los derechos humanos, del medio ambiente y de las diferencias que constituyen la cultura moderna.

Todo eso es posible. Su realización, sin embargo, no depende de los medios a través de los cuales nos comunicamos sino de los fines y valores que rigen nuestras interacciones, entre individuos, grupos, etnias y naciones. En efecto, el medio no es el mensaje.

Ética del pluralismo

Quizá lo único que se halla determinado por las tecnologías disponibles de la comunicación sea la necesidad de aceptar las diferencias, pues éstas se expresan ahora con fuerza y nos impiden vivir como si sólo importase nuestra cultura, o nuestra raza, o nuestra religión, o nuestro credo político.

El pluralismo de la humanidad se ha revelado finalmente y nos envuelve como una segunda atmósfera. Tenemos que optar. O bien nos refugiamos en una comprensión unilateral y “suprematista” de nuestra cultura —que considera lo propio como superior y a todo lo que es diferente como “barbarie”— o bien nos abrimos al diálogo entre las diferentes culturas y a su diversidad, dispuestos a escuchar, a respetar a los otros y a aprender de aquello que nos resulta ajeno. Está claro para mí que sólo el segundo camino podría evitar que seamos destruidos por el etnocentrismo, el racismo o los fundamentalismos.

Velocidad mental

En cuanto al temor por la velocidad que nos viene de los medios de comunicación y transporte, en realidad ella nada altera en lo profundo de la conciencia humana.

Desde siempre, nuestra “velocidad mental” ha sido superior a todo lo que nos rodea. Como dijo una vez el gran novelista italiano Italo Calvino, “desde que empecé a escribir he tratado de seguir el recorrido fulmíneo de los circuitos mentales que capturan y vinculan puntos alejados en el espacio y el tiempo”.

Sabemos por propia experiencia que nada es más instantáneo y sin límites que la capacidad de la mente de pensar, inventar, imaginar y soñar. Por eso resulta difícil aceptar que no pudiera adaptarse a la vastedad de las redes de comunicación que surgen a nuestro alrededor o que pudiese quedar bloqueada frente a la velocidad que posibilitan los medios tecnológicos puestos a su disposición.



En realidad, ningún aparato creado por el hombre posee la capacidad de la mente. Su estructura es de tal complejidad que apenas comenzamos a adivinarla. Tómese por ejemplo la corteza cerebral, esa parte central del organismo encargada de las funciones superiores del lenguaje, el pensamiento y la música. Se calcula que está conformada por diez mil millones de neuronas. Cada una recibe conexiones de otras células nerviosas, en lugares que —recordarán ustedes de sus clases de biología— se llaman sinapsis. Pero he aquí algo sorprendente: hay alrededor de un millón de billones de conexiones en la escasa superficie de la corteza, que extendida no supera el tamaño de una servilleta de mesa. Si uno quisiera contarlas, una conexión por segundo, demoraría alrededor de 32 millones de años en completar esa cuenta. Pues bien, si además computásemos las combinaciones variables que pueden darse entre esas conexiones, el número resultante sería de aquéllos que los expertos llaman “hiperastronómicos”; del orden de 10 seguido de millones de ceros. (Edelman, *Bright Air, Brilliant Fire. On the Matter of the Mind*).

En otras palabras, al hablar del cerebro humano hablamos del objeto material más complicado del universo que conocemos; ¡para qué decir la vida mental que se erige sobre esa estructura biológica!

Luego, aún la velocidad más grandiosa de las tecnologías comunicacionales que pudiéramos imaginar, no será nunca sino una fracción de la que puede alcanzar, por sus propios medios, la mente humana.

En realidad, el acto creativo, base de toda comunicación auténtica, guarda una difícil y compleja relación con el tiempo y con los medios de expresión. Es lo que representa,

bajo la forma de una sutil paradoja, el siguiente cuento chino que tomo prestado para concluir mi presentación:

“Entre sus muchas virtudes, Chuang Tzu tenía la de ser diestro en el dibujo. El rey le pidió que dibujara un cangrejo. Chuang Tzu respondió que necesitaba cinco años y una casa con doce servidores. Pasaron cinco años y el dibujo aún no estaba empezado. ‘Necesito otros cinco años’, dijo Chuang Tzu. El rey se los concedió. Transcurridos los diez años, Chuang Tzu tomó el pincel y en un instante, con un solo gesto, dibujó un cangrejo, el cangrejo más perfecto que jamás se hubiera visto”. (Cit. en Calvino, *Seis Propuestas para el Próximo Milenio*).